

FILOSOFÍA DE LAS INSTITUCIONES: UN ANÁLISIS DE LAS EXPRESIONES DE GÉNERO INSTITUCIONAL

Ariel O. Dottori¹

ORCID iD: [0000-0002-0648-8516](https://orcid.org/0000-0002-0648-8516)

Resumen: En el presente trabajo nos centraremos en cierta vinculación, que el propio Searle destaca (1995), entre la “teoría cúmulo” de los nombres propios – desarrollada en *Speech Acts* (1968) y en *Proper Names* (1958) –, y su posterior teoría de la realidad social para, posteriormente, referimos a la teoría de los designadores rígidos propuesta por Saúl Kripke en su célebre *Naming and Necessity* (1981). A la hora de centrarnos en la comprensión de conceptos tales como, “matrimonio”, “dinero”, “capitalismo” o “modernidad”, no se produce un regreso infinito o circularidad: las definiciones no son tautológicas; no decimos, por ejemplo, “un matrimonio es un matrimonio”, o “dinero es todo aquello que es dinero”. Consideramos conveniente, antes bien, tratar a las ‘expresiones de género institucional’ – EGI – como poseyendo un tipo de rigidez en su referencia. Si bien nos detendremos con mayor detalle en estas problemáticas, resultará necesario realizar una aclaración preliminar respecto al modo en que Searle concibe el lenguaje, nos referimos a su punto de vista *naturalista*. El lenguaje no es meramente un conjunto de enunciados sino que se inscribe en nuestra herencia biológica.

Palabras clave: Nombres propios; Teoría cúmulo; Designador rígido; Realidad institucional; Naturalismo.

Abstract: In the present work we will focus on a certain link, which Searle himself highlights (1995), between the "cumulative theory" of proper names – developed in *Speech Acts* (1968) and *Proper Names* (1958) –, and his later theory of the social reality for, later, will refer to the theory of the rigid designators proposed by Saul Kripke in his famous *Naming and Necessity* (1981). At the time of focusing on the understanding of concepts such as "marriage", "money", "capitalism" or "modernity", there is no infinite return or circularity: the definitions are not tautological; we do not say, for instance, "a marriage is a marriage", or "money is all that is money". We consider it advisable, rather, to treat the 'institutional gender expressions' – IGE – as having a kind of rigidity in their reference. Although we will dwell in more detail on these problems, it will be necessary to make a preliminary clarification regarding the way in which Searle conceives language; we refer to his *naturalistic* point of view. Language is not merely a set of statements but is inscribed in our biological heritage.

Keywords: Proper names; Cumulus theory; Rigid designator; Institutional reality; Naturalism.

1. El naturalismo en John Searle

En un escrito que resulta ineludible para comprender el modo en que Searle comprende el lenguaje (SEARLE, 2007) afirma que es un error no entender al lenguaje como una continuidad, una extensión de nuestra herencia biológica específicamente humana. Ello se debe a que la filosofía del lenguaje se ha desarrollado junto a la lógica matemática. Gottlob Frege, en efecto, inventó la filosofía del lenguaje y la lógica moderna. Posteriormente, la filosofía de lenguaje se desarrolló (junto a Bertrand Russell y el primer Wittgenstein) como una aplicación de la lógica matemática. Si bien el Wittgenstein tardío y John Austin protestaron contra ese

¹ Doctor en Filosofía (UNLP, Argentina), Profesor de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Investigador del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA) y de la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF). E-mail: arieldottori@gmail.com.

excesivo logicismo, tampoco tuvieron en cuenta el componente biológico del lenguaje. Pero, ¿qué significa abordar la problemática del lenguaje en términos *naturalistas*?

En primer lugar, según Searle, ello implica entender el significado lingüístico como una extensión de las formas más fundamentalmente biológicas de la intencionalidad – las creencias, los deseos, la memoria y la intención –, como una evolución del desarrollo de unas formas de intencionalidad más fundamentales; Searle se refiere especialmente a la percepción y a la acción intencional. De este modo, ubica a la percepción y a la intención-en-la-acción entre las formas más primitivas en términos biológicos; las ubica junto al apetito, la sed y el deseo sexual. Así, entiende que debe observarse el basamento biológico del lenguaje en la intencionalidad prelingüística. La pregunta de Searle es acerca de la relación lógica y conceptual entre las formas prelingüísticas de conciencia e intencionalidad y las formas lingüísticas evolucionadas.

La posición de Searle es opuesta, por ejemplo, a la de Davidson (2001). Mientras éste último sostiene que únicamente un ser dotado de lenguaje puede ser capaz de poseer estados intencionales diferenciados. Searle (2007, p. 16) afirma que,

Muchas especies animales tienen percepción, realizan acciones y son capaces de adquirir creencias, deseos e intenciones, aunque no tengan lenguaje. Es más, varias especies son capaces de poseer procesos prelingüísticos de pensamiento. Sugiero pensar al lenguaje humano como una extensión de esas capacidades prelingüísticas.

Según su punto de vista, no solo los seres humanos estamos en posesión de estados intencionales diferenciados; otros animales de nivel superior también los poseen². Searle asume que el lenguaje es esencialmente social, y ello no implica suponer que la sociedad humana sea esencial o exclusivamente lingüística.

Hecha esta breve digresión sobre la posición naturalista de Searle, nos detendremos en su teoría cúmulo y en la noción de rigidez en la designación propuesta por Saúl Kripke. Estos enunciados aclaratorios resultan centrales para comprender que cuando Searle habla de “lenguaje”, no se está refiriendo únicamente a “enunciados”, sino que se está refiriendo, a la vez, a toda nuestra herencia biológica que nos constituye y que excede los límites de lo meramente enunciable.

² Quizás la divergencia entre una posición cercana a la de Donald Davidson y otra cercana a la de John Searle radique en la carga argumental a favor de las creencias en tanto que actitudes proposicionales *fundamentales*. Mientras Davidson toma este camino, Searle parece otorgarle a los deseos y a las intenciones una función preponderante; siguiendo la alternativa propuesta por Searle, sería difícil sostener que el resto de los animales de nivel superior no posean deseos e intenciones.

2. Teoría cúmulo y realidad institucional

John Searle sostiene (1958) que el problema que ha partido las aguas al interior de la filosofía analítica ha sido, si los nombres propios tienen sentido del mismo modo que los adjetivos, nombres comunes y descripciones definidas. A partir de allí, se han establecido dos posiciones bien diferenciadas: las teorías millianas y las teorías descriptivistas de los nombres propios. Para John Stuart Mill (1889), un nombre común, como “perro”, tiene *connotación* y *denotación*. *Connota* aquellas características específicas en una definición de “perro” (por ejemplo, ladrar, mover la cola, inhalar y exhalar por la boca sacando la lengua, etcétera); y *denota* todos los perros. Pero, ¿qué ocurre con los nombres propios? Éstos solo denotan a su portador. Los nombres propios tienen una referencia necesaria y no tienen sentido.

Tal como Gottlob Frege sostuvo en *Über Sinn und Bedeutung* [1892] (1985) y también Bertrand Russell (1905), por el contrario, si los nombres propios representan objetos y nada más, ¿cómo podrían, enunciados tales como “*a* es idéntico a *b*”, transmitir información fáctica? Si interpretamos tales enunciados únicamente a partir de la referencia, nos encontramos ante una trivialidad puesto que, si son verdaderos, no hacemos más que decir que un objeto es idéntico a sí mismo. Si, por el contrario, entendemos a los enunciados como dando información acerca de los nombres, debieran ser arbitrarios, ya que parece ser posible asignar cualquier nombre que deseemos a un objeto. La solución de Frege consistió en ofrecer un tercer elemento en virtud del cual se refiere un objeto; nos referimos al concepto *sentido*. Para utilizar un ejemplo ya clásico y que le pertenece al propio Frege, si decimos “Héspero” y “Fósforo”, no hacemos más que utilizar dos sentidos para hacer referencia a un mismo objeto: el planeta Venus. El sentido proporciona el modo de presentación del objeto. Dentro de este planteo no hay arbitrariedad alguna; todos los nombres propios tienen sentido del mismo modo que “la estrella de la tarde” y “la estrella de la mañana”. Según la teoría clásica de Mill los nombres propios tienen necesariamente una referencia pero no tienen sentido; según Frege, los nombres propios, esencialmente tienen sentido y, contingentemente refieren a algo en el mundo; un nombre propio, adecuadamente utilizado, es una descripción definida abreviada o disfrazada.

Searle, por su parte, encuentra *pros* y *contras* dentro de los dos grandes grupos de teorías acerca del significado de los nombres propios. Entiende que los nombres propios no son descripciones definidas porque llamar a un objeto por su nombre no es, en modo alguno, describirlo, como así tampoco, definirlo; por otra parte, no todos conocemos las mismas

características del portador de un objeto; además, las propiedades que conocemos de su portador son contingentes. Si bien tales consideraciones pesan a favor de la teoría milliana, ella también presenta serias dificultades. En primer lugar y como hemos aclarado, no puede dar cuenta de la ocurrencia de nombres propios en enunciados informativos de identidad; en segundo lugar, también es incapaz de explicar la ocurrencia de los nombres propios en enunciados existenciales. Tal es el caso de la afirmación, “El hombre de la bolsa no existe”; aquí negamos la existencia de algo que afirmamos. Otro problema de la teoría milliana es la *vacuidad del nombre propio*; cuando ello ocurre, no existe el nombre propio. El último problema identificado por Searle respecto a la teoría de Mill, es el referido a la muerte del objeto; si el portador del nombre propio muere, también lo hace el nombre propio; el último Wittgenstein (2008) resolvió el problema estableciendo una distinción ente el *portador* del nombre propio y el *significado* del nombre.

La solución que Searle ofrece al problema del significado de los nombres propios, puede ser entendida en los términos de una suerte de compromiso entre Mill y las posiciones descriptivistas (Frege y Russell). Mill estaba en lo cierto al suponer que los nombres propios no tienen definiciones, pero Frege también lo estaba al suponer que cualquier término singular debía tener un sentido; su error -advierte Searle- residió en tomar la descripción identificadora que puede sustituirse por el nombre, como una definición.

Si bien puede decirse que los nombres propios tienen un sentido, éste es impreciso, flexible. Las características descriptivas que constituyen la identidad del objeto no funcionan como descripciones, sino más bien como “perchas” (la metáfora es del propio Searle) en las que “colgamos” las descripciones. El significado de los nombres propios lo otorga, no una descripción, sino un conjunto (un “cúmulo”) de descripciones, el cual es disyuntivo, es decir, no es necesario ofrecer *todas* las descripciones del portador del nombre propio. Tenemos la institución de los nombres propios para realizar el acto de habla de la referencia. Sin descripciones, la referencia es imposible.

Si la propuesta de Searle es, podríamos llamar, descriptivista *crítica*, el caso de Kripke (1981) es marcadamente distinto. A continuación nos centraremos en la posición de Kripke debido a que la consideramos una teoría superadora de los nombres propios, y una plataforma a partir de la cual podemos obtener un mejor tratamiento al problema que aquí nos ocupa. Así, según Kripke, los nombres actúan como *designadores rígidos*; un nombre designa al mismo objeto en todo *mundo posible*. Ahora bien, ¿a qué se refiere Kripke cuando afirma

que los nombres son “designadores rígidos”? ¿Qué es un “mundo posible”? Comenzaremos respondiendo la segunda de estas preguntas.

3. Designadores rígidos y expresiones de género institucional

3.1

Ante todo, es preciso aclarar que un *mundo posible* no es un país extraño al que se lo puede alcanzar mediante un telescopio. Un mundo posible, por el contrario, está dado mediante las *condiciones descriptivas* que asociamos a él. Cuando decimos, por ejemplo, “En otro mundo posible yo no hubiera escrito mi tesis de doctorado”, simplemente imaginamos una situación contrafáctica en la cual yo decidí no hacer un doctorado en filosofía. No imaginamos todo aquello que pueda ser verdadero o falso sino, *únicamente aquellas cosas relevantes* al hecho de escribir mi correspondiente tesis. Los mundos posibles no se *descubren*, sino que se *estipulan*. No hay razón por la cual no podamos *estipular* que al hablar de mí en cualquier situación contrafáctica, hablamos *acerca de mí*. Aunque sea cierto que yo podría haber cursado el doctorado en otra Universidad dentro de veinte años; así y todo, nadie más que yo, Ariel Dottori, podría haber sido Ariel Dottori. Este es el *test* que satisface la prueba intuitiva para establecer que los nombres propios son *designadores rígidos*. Lo mismo vale para cualquier propiedad que yo pueda o no tener, excepto que algunas de esas propiedades sean esenciales. Aquello que Kripke niega es que un particular no sea más que un “haz de propiedades”.

Kripke adscribe a la teoría de la rigidez de los nombres propios y ello significa que, mientras que los nombres propios son rígidos, las descripciones son flexibles. La fijación de la referencia de un nombre se produce mediante aquello que denomina *bautismo inicial*, el cual es una ostensión entendida como una *descripción primitiva*. Luego de ese “bautismo primero” la referencia se transmite causalmente, de hablante a hablante; se trata de una tarea social en la cual hay un *compromiso de conservación* de la referencia.

Lo que aquí sostenemos es que las EGI operan de un modo similar al de los nombres propios. Searle deja entrever que este tipo de conceptos, se emparentan con su *teoría cúmulo de los nombres propios*; la realidad institucional se va complejizando cada vez más porque los seres humanos estamos en un proceso permanente de agregación de descripciones identificatorias. Para un infante por ejemplo, el dinero es un medio para comprar golosinas en el kiosco; a medida que pasan los años le vamos agregando nuevas descripciones – es el valor

de la venta de la fuerza de trabajo, es un medio de compra y venta, es el objeto de una transacción bursátil, un medio de capitalización por medio del ahorro, un objeto de deseo, y cosas por el estilo. Cuantas más descripciones seamos capaces de agregarle al concepto “dinero”, lograremos generar una comprensión más amplia del dinero en tanto que objeto. Por eso mismo, el conocimiento y el manejo de los conceptos es fundamental para la vida de los individuos concretos que viven en sociedad. Cuantas más descripciones identificadoras sea capaz un individuo de vincular a un concepto, mayor capacidad de acción tendrá. A ello hacía referencia Francis Bacon cuando sostenía que, *el saber es poder*. Y ello es más evidente en nuestras sociedades avanzadas. Ser padre es sencillo; cumplir las *funciones de padre* esperables en nuestras sociedades modernas (Contexto C), no lo es tanto. Para cumplir con esas funciones debo *conocer* los deberes, derechos y obligaciones que me ligan a la vida de mi hijo. Desconocer las descripciones identificatorias de la paternidad como institución, genera que se active la normatividad social, identificándose a ese padre como un *mal padre*, o cosas por el estilo. Somos capaces de *conocer* el mundo cuando somos capaces de generar *enunciados* sobre él.

Cuantas más descripciones seamos capaces de identificar a un concepto, con mayor profundidad conoceremos la realidad institucional a la que se refiere porque, y este es el punto fuerte de la presente tesis, *la realidad institucional está constituida por conceptos*; todo lo que no sea de orden lingüístico pertenece a otro ámbito, pertenece al mundo de la naturaleza, a los *hechos en bruto*, para utilizar la terminología de Searle. Si hay una diferencia entre naturaleza y cultura es que la primera está desprovista de lenguaje; pero, sin embargo, no debemos suponer que hay una brecha insalvable entre una y otra; después de todo, los que hacemos la realidad institucional por medio del lenguaje, la intencionalidad colectiva, las funciones de estatus y las reglas constitutivas somos nosotros, los seres humanos; seres biológicos, y el lenguaje también tiene un componente biológico, por eso mismo hemos realizado la correspondiente aclaración preliminar. Los seres humanos somos una parte de la naturaleza que, gracias a los elementos que antes hemos mencionado, podemos hacer *algo más*; eso “de más”, es el *mundo social e institucional*. A continuación, nos centraremos en el modo en que debemos abordar la comprensión de las EGI.

3.2

Aquí plantaremos una última discrepancia respecto a Searle. Si bien nos parece

acertada su vinculación entre una teoría de los nombres propios y los hechos institucionales, estimamos conveniente reemplazar su *teoría cúmulo* por la posición que Kripke sostiene respecto a los nombres. La tesis que aquí defendemos es que las EGI operan como *designadores rígidos*; así por ejemplo, el concepto dinero, matrimonio, Estado, presidente, y otros por el estilo, son capaces de mantener su significado en otros *mundos posibles*. No deseamos explayarnos largamente sobre la teoría de los nombres propios desarrollada por Kripke pero, para seguir avanzando en nuestro análisis, nos resulta imprescindible analizar parte de su constructo teórico.

Debemos aclarar, en primer lugar, a qué se refiere Kripke cuando habla de un *mundo posible*. En palabras de Kripke (2005, p. 47),

Un mundo posible está *dado mediante las condiciones descriptivas que asociamos con él*. ¿Qué queremos decir cuando decimos: “En otro mundo posible yo podría no haber dado esta conferencia hoy?” Simplemente imaginamos la situación en la que no decidí dar esta conferencia o decidí darla algún otro día.

En este caso, para comprender qué es un *mundo posible*, no debemos centrarnos en *todas* las cosas que puedan ser verdaderas o falsas, sino solo en aquellas que son relevantes al hecho de que Kripke haya brindado o no su conferencia. Podemos imaginar que Kripke hubiera dado su conferencia unas horas más tarde o al día siguiente, y cosas por el estilo; eso mismo es un *mundo posible*. Se trata de una suposición – o una serie restringida de suposiciones –, sobre una situación dada; por ello, Kripke (2005, p. 47) sostiene que los mundos posibles no se *descubren* sino que se *estipulan*. No hay razón que nos impida *estipular* una *situación contrafáctica* al hablar de la conferencia de Kripke; pero así y todo, estaríamos hablando de lo que hubiera – o no –, hecho *él*. No hay razón que nos impida señalar *al hombre* y hablar de lo que *él* hizo o pudiera haber hecho en una situación contrafáctica, hipotética, en la cual los sucesos podrían haber sido diferentes. Lo que se necesita es un criterio de identidad a través de los mundos que nos permita identificar ciertas condiciones (necesarias y suficientes) cualitativas para identificar un nombre propio.

Kripke incluye la noción de “identidad a través de mundos posibles”; esta noción refiere a ciertas características que pueden ser modificadas en otro mundo, pero hay ciertas otras características que no pueden ser modificadas en otro mundo posible. Podríamos imaginar una situación contrafáctica en la cual Kripke no haya brindado su conferencia a las 7 sino a las 9 pm; pero no tiene sentido suponer que en otro mundo, el número 7 no sea menor que el número 9. Cuando algo designa al mismo objeto en todos los mundos, Kripke (2005, p. 51 y ss.) habla

de *designador rígido*; cuando ocurre lo contrario, estamos ante un *designador no rígido* o *accidental*.

Quando pensamos que una propiedad es esencial al objeto, lo que generalmente queremos decir es que es verdadera del objeto en cualquier caso en el que el objeto hubiese existido. Un designador rígido de algo necesariamente existente puede llamarse *rígido en sentido fuerte* [*strongly rigid*] (KRIPKE, 2005, p. 51).

En *Naming and Necessity* (1981), Kripke sostiene la tesis de que los *nombres* operan como *designadores rígidos*. Por ejemplo, aunque el hombre (Kripke) podría no haber dado sus conferencias sobre los nombres propios, o podría no haberle dedicado sus esfuerzos a la filosofía y a la lógica modal, no es el caso que pudiera no haber sido Saúl Kripke. Lo que sucede es que nos referimos *rígidamente* a Kripke cuando lo nombramos.

En una obra posterior, *Philosophical Troubles*, Kripke (2011) aplica su noción de *designador rígido* al uso de la *primera persona*³. La tesis que intentamos defender aquí es que también puede aplicarse el mismo tratamiento para el caso de los *conceptos de género institucionales*. Kripke (2005, p. 63 y ss.) niega explícitamente la posición de Searle y su *teoría cúmulo* puesto que sostiene que no es cierto que un particular no sea más que un “haz de cualidades” (KRIPKE, 2005, p. 55). Para identificar, por ejemplo, una mesa no se debe pensar en el conjunto, en el “haz” de sus propiedades; por el contrario, cuando pregunto si la mesa se podría encontrar en otra habitación o si podría ser de otra textura y color, estoy hablando por definición de *esa mesa*. Aquello que intenta establecer Kripke es que un nombre no es identificable por sus propiedades, sino que siempre son *designadores rígidos*; y aquello que fija la referencia es esa posibilidad de *ser llamado*, y no algún tipo de descripción.

4. Palabras finales

Por nuestra parte sostenemos que conceptos tales como *guerra*, *matrimonio*, *historia*, *capitalismo*, etcétera, también poseen – al igual que los nombres propios y la primera persona del singular –, una referencia *rígida*. Es cierto que en otro *mundo posible*, el asesinato del Archiduque de Austria Francisco Fernando podría no haber desatado una guerra en Europa; pero no tendría sentido suponer que una guerra *no es* un conflicto bélico. Y ello no tiene sentido porque el concepto institucional *guerra*, opera como un designador rígido. En ningún otro mundo posible una guerra puede ser algo distinto a un conflicto armado entre Estados; por ello,

³ Ver principalmente el Capítulo 10, *The First Person*, p. 292-321.

estimamos conveniente entender las *expresiones institucionales* como designadores rígidos más que como un cúmulo de descripciones. Y lo mismo sucede con expresiones de género institucional con mayor grado de complejidad y abstracción, tales como ‘capitalismo’ o ‘enajenación’. Este tipo de expresiones son incorporadas por los niños en una etapa evolutiva tardía. A diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, con las palabras-color analizadas tanto por Frege como por Wittgenstein, que son incorporadas relativamente a temprana edad – aunque no son las primeras en aprenderse –, las EGI se incorporan tras un largo período de adiestramiento y tras haber incorporado una cantidad no menor de expresiones. Estas EGI abstractas también poseen una referencia rígida en todos los mundos posibles. Así, en cualquier mundo posible en que mi pertenencia social indique que no soy propietario de los medios materiales de producción, seré un *asalariado*; y esa expresión debe ser comprendida como toda actividad que, tras intercambiar fuerza de trabajo en un contexto C determinado, obtendrá un salario Y que le permitirá, formalmente, reproducir su existencia para que sus progenitores, de no estar en posesión de los medios materiales de producción, se convertirán también en asalariados en un contexto C’. Si bien el trabajo, entendido como toda actividad humana tendiente a modificar la naturaleza (y la cultura), no es una invención de la modernidad, el hecho de tener que vender la propia fuerza de trabajo para posibilitar la existencia material, sí lo es; se tratará entonces de una expresión circunscripta a todo ‘mundo posible *moderno*’.

Referências

DAVIDSON, D. *Subjective, Intersubjective, Objective*. Oxford: Oxford University Press, 2001.

FREGE, G. *Estudios sobre semántica*. Madrid: Hyspamerica, 1985.

KRIPKE, S. *El nombrar y la necesidad*. México: UNAM, 2005 [1981].

KRIPKE, S. *Philosophical Troubles. Collected Papers*. Oxford: Oxford University Press, 2011.

MILL, J. S. *System of Logic. Ratiocinative and Inductive*. London: People’s edition, 1889.

RUSSELL, B. On denoting. *Mind. New Series*, 14, p. 479-93. In: MARSH, R. (ed.). *Logic and Knowledge*, 1905.

SEARLE, J. Proper Names. *Oxford Journals*. Oxford: Oxford University Press. Vol. 67. No. 266, p. 166-173, 1958.

SEARLE, J. *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*. Cambridge, Mass: Cambridge University Press, 1969.

SEARLE, J. *The construction of social reality*. New York: The Free Press, 1995.

SEARLE, J. What is language: some preliminary remarks. In: TSOHATZIDIS, S. *John Searle's Philosophy of Language: Force, Meaning and Mind*. Cambridge, Mass: Cambridge University Press, 2007.

WITTGENSTEIN, L. *Investigaciones filosóficas*. Madrid: Crítica, 2008.